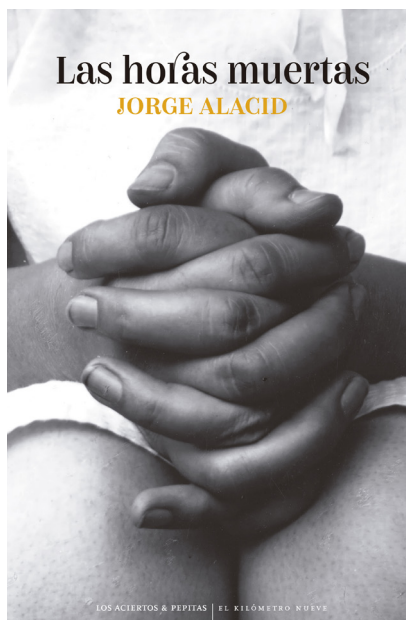




LOS ACIERTOS & PEPITAS

EL KILÓMETRO NUEVE



COLECCIÓN:

EL KILÓMETRO NUEVE

Rústica con solapas
212 pp. · 14,5 x 21 cm

Precio sin iva: 20,10 € ·

PVP: 20,90 €

ISBN: 978-84-19689-30-6

En librerías el
22 de octubre de 2025



«Magnífica secuela de *Los seres queridos*, *Las horas muertas* está poblada de personajes espléndidos y protagonizada de nuevo por el inolvidable Viberti, que trata de ubicarse en una ciudad que le tendría que levantar una estatua. Tan adictiva como su predecesora, la nueva novela de Jorge Alacid me deja con muchas ganas de una tercera entrega».

QUIQUE GONZÁLEZ

«Literatura barojiana y muy negra la de Jorge Alacid, bienvenida *rara avis* de nuestra ficción criminal. Alacid regresa con Viberti, su emblemático personaje en *Las horas muertas*. Que nadie se lo pierda».

—MARINA SANMARTÍN

LAS HORAS MUERTAS

Jorge Alacid

España. Finales de la década de los setenta del siglo xx. Viberti —aquel periodista de raza que nos cautivó en *Los seres queridos*—, dejándose llevar por la corriente, cambia la dirección de un periódico de provincias por la dirección del gabinete de prensa del alcalde de la ciudad. Un cambio que poco a poco le arrastrará hacia el lado más oscuro de la vida y de sí mismo. Y pronto, como sin quererlo y quizá para esquivar el tedio, encontrará una apasionante actividad: la búsqueda de desaparecidos.

Este es el arranque de *Las horas muertas*, una novela que comienza allí donde termina *Los seres queridos* —aunque son historias completamente independientes—, y con la que Jorge Alacid nos vuelve a regalar un plantel de personajes tan pintorescos como inolvidables que pululan por un mundo que aún no se sabe a ciencia cierta si está naciendo o está muriendo.

JORGE ALACID (Logroño, 1962). Es periodista. Autor de los libros *Logroño en sus bares* y *Los seres queridos*.

«Al igual que en *Los seres queridos*, las andanzas de Viberti y esa cofradía de perdedores maravillosos me lleva de la mano por un pasado que se te aparece como si recobrara la vida. Esa es una de las grandes virtudes de tu novela, la capacidad de zambullir al lector en un mundo en sepia, en blanco y negro, donde la heroicidad es lidiar con los azares de la vida. Las descripciones, la forma que tienes de describir el paisaje y el paisanaje es una jodida pasada. A ratos uno cree que está allí, en las escaleras de ese chalé, en la residencia charlando con Canario o sesteando entre bedeles y secretarios de ayuntamiento mientras se prepara para otra batalla, dialéctica, con el corrupto de turno. Todos conforman esa ciudad imaginaria que podría ser cualquiera y son todas».

(De una carta de AGUSTÍN PERY
al autor)

«Si la literatura es un milagro es también porque nos hace vivir por un rato en un mundo pardo, poblado de oficinistas y chupatintas, de botellas de coñac y tipos oblicuos, y que no queramos, como en este libro, que se acabe».

—IGNACIO PEYRÓ



Desde la ciudad inacabada

IGNACIO PEYRÓ

Para mí Jorge Alacid fue Logroño hasta que empezó de pronto a ser Valencia. Ahora desenredo este nudo. Hace ya bastantes años, cuando lo conocí, Jorge era para mí alguien a medio camino entre el periodista y la institución en La Rioja: un amigo al que veía con la calle Laurel siempre de fondo, debatiendo, con el ardor espiritual que tal lid necesita, los méritos de tal o cual vino cosechero. Tan del «terroir» riojano era Jorge que publicó uno de esos libros que toda ciudad soñaría con tener, *Logroño en sus bares*, donde nos hablaba de lugares casi fantasmagóricos, como la discoteca Dandy de Pradejón, el despacho de vinos de Ursicinio Espinosa o la rivalidad entre cafeterías elegantes como Lucan's o Llacotén allá por los sesenta. Un libro que era, como decía su prologuista de entonces, «repertorio sentimental, crónica enamorada, mirada afectiva y cartografía de la memoria» de un terreno. Un libro que denotaba una pluma, y un hígado, milagrosos.

Estaba yo de lo más cómodo con nuestro hombre en Logroño cuando un día me llama y me dice que se va a Valencia. Otro mundo, otro paisaje. Temí, en serio, que, presa de una riojitis crónica, no llevara bien el cambio. Mucho calor, muchas palmeras, ningún pincho de champi. Pues bien, he aquí que cuando vuelvo a verle en Valencia parece, qué sé yo, que hubiese pasado del gabinete de Joan Lerma al de Eduardo Zaplana y que fuese conocedor de la receta de la paella que Dios dio al pueblo elegido junto a las Tablas de la Ley: yo pensaba hallarme a un hombre herido de ausencias y me encuentro a un Jorge Alacid más metido en las entretelas de la vida valenciana que el sacristán de los Desamparados. Y confieso que me pasmaron —y encantaron— dos cosas: esa gratitud ante la vida y la capacidad periodística de saber estar donde hay que estar.

Si he empezado esta invitación a la lectura de *Las horas muertas* con el siempre odioso «conocí a...» es precisamente para subrayar este don para la metamorfosis que tiene Alacid. El riojano a ultranza que se pasa a Valencia y parece el sobrino-nieto de Blasco Ibáñez es el mismo escritor capaz de frescura en sus crónicas y, en esta novela, de delimitar un terreno propio hecho de excéntricos inofensivos, de un cierto absurdo existencial, de humor *sottovoce*, de personajes de rara humanidad en su derrota y de una atmósfera a medio camino entre la ciudad levítica y el sinsentido burocrático kafkiano. Aquí, el estilo de Alacid sigue siendo brillante, como muestran los habitantes de una comuna unidos, justamente, por «una común devoción a la mugre». Pero en esta ocasión, para que la novela sea novela, el estilo sabe metarmofesearse, como su dueño, para servir a una narración que también tiene sus amores tristes, sus ilusiones perdidas y esos dramas que quedan inconclusos y que por eso mismo son los peores: «el resto de su vida consistiría en languidecer sin darse demasiada lástima para no dársela a nadie más».

En *Las horas muertas* hay perdedores íntimos y una ciudad tan «inacabada» como el inolvidable escéptico de Viberti, pero siempre hay un punto de piedad y humanidad, en los amores de Julia o de Galdós, en las gordas hechuras del arquitecto municipal Irizar o en un Goñi cuya vida es emanación pura de las covachuelas de la gestión pública. Esta novela resonará mucho en todos aquellos que hayan trabajado en esa copia humana de la eternidad que es la administración. Pero más aún resonará en todos aquellos seducidos por un panteón de antihéroes, de Stoner a Bartleby, con algo de algún cine de Garci y no poco de proyección contemporánea del *Miau* de Galdós. Al final, si la literatura es un milagro es también porque nos hace vivir por un rato en un mundo pardo, poblado de oficinistas y chupatintas, de botellas de coñac y tipos oblicuos, y que no queramos, como en este libro, que se acabe.

Así se hizo...

Jorge Alacid

23 de abril en Barcelona. Rosas y libros. En el Arco de Triunfo, voy a conocer al lector número cero de *Los seres queridos*, a quien tanto debo. Gilles aparece por el puesto de Pepitas con su aire de duende gentil, saluda a Víctor, luego a mí. Me habla en un español que se va cayendo a trozos, precipitando las palabras para que, como en un proceso natural de decantación, digan lo que tienen que decir. Le comento que siempre estaré en deuda con él. Julián Lacalle, el editor, se fía de sus recomendaciones como si fueran una especie de evangelio laico y literario. Cuando le devolvió el original de la novela, le participó de su entusiasmo con tanto fervor que fue casi directamente a la imprenta, previas correcciones, así que nos damos un abrazo con una intensidad especial por mi parte. Un gesto de agradecimiento infinito que, sin saberlo yo, activaba *Las horas muertas*, cuyo alumbramiento nace a partir de la confianza que me traslada: «Tienes que seguir escribiendo, no puedes dejar ahí a Viberti». Y como ve que sus palabras me confunden, prolonga el abrazo: «Has conseguido lo más difícil, crear un personaje. Tienes que escribir otra novela».

El viaje en coche desde Barcelona a Logroño media unas cinco horas. Paro en un área de servicio donde no tienen Coca Cola, solo Pepsi. ¿Es una señal? De niño, cuando iba a Barcelona con mis padres, me encantaba que en los bares sólo hubiera Pepsi, invento desconocido por Logroño. Sí, era una señal. Acababa de sellar un contrato de fidelidad con Gilles con mi padre ejerciendo de médium desde el más allá, para devolverle la fe que había depositado en mí. La comparación no es muy pertinente pero me vino a la cabeza (siempre me acompañaba en algún rincón de mi conciencia) la carta de Camus a su profesor cuando ganó el Nobel. Aquellas líneas inolvidables: «Sin usted, la mano afectuosa que tendió al pobre niño que yo era». Etcétera. Algo del espíritu de esa frase latía en las palabras con que Gilles me despidió, parecidas a las que otros lectores me habían dirigido cuando leyeron *Los seres queridos* y me animaron a continuar avanzando. ¿Hacia dónde? Ni idea.

Me fui haciendo cábalas durante el viaje, porque soy sensible a esta clase de comentarios, sobre todo cuando vienen de (casi) perfectos desconocidos, que no tienen que exagerar la lealtad hacia quien apenas conocen. Suenan sinceros como sonaban las palabras de Gilles, crepitando en mi corazón mientras avanzaba por la autopista y ya sabía que escribir *Las horas muertas* era una obligación moral contraída con el lector número cero, con los que vinieron después y con la memoria paterna. Ya entonces quería contar lo que luego pasé a limpio, durante un proceso de escritura feliz y soleado como aquella mañana del Día de Sant Jordi. Una historia de desasosiego, por donde transita un grupo de personajes que no saben quiénes son, inquietos por un presente que les confunde y un futuro que les acongoja. El misántropo Viberti cabalgaba de nuevo, esta vez en compañía de un escudero (Goñi) que me permitía el juego tan gozoso de practicar el choque de opuestos. Pensé en Carvalho y Biscúter. La sombra tutelar de Vázquez Montalbán no sólo me guiaba. También me daba el punto de seguridad que necesitaba para que la novela fuera progresando.

Más o menos ya sabía hacia dónde se dirigía *Las horas muertas*. No tenía mapa pero sí brújula. Escribía siguiendo el mandato que me había trasladado el editor cuando le confié que estaba en marcha: que fuera autónoma, con personalidad propia. Que tirase del hilo de *Los seres queridos* pero que ese hilo fuera invisible. Quien hubiera leído la primera novela tendría como recompensa cuanto Gilles había alentado, pero quien descubriera en *Las horas muertas* a Viberti y el alma que habita en sus páginas sintiera que cortaba la cinta inaugural de una narración que pretendía como la anterior desnudar una atmósfera muy especial: el clima moral de la España de la Transición. Yo quería retratar un mundo donde siempre fuera domingo por la tarde. Cuando todas las horas son muertas.